

Max Haiven

Aceite de palma

La grasa del imperio



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Palm Oil: The Grease of Empire*
Publicado originalmente por Pluto Press, Londres.
www.plutobooks.com

Traducción de Irene Riaño de Hoz

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Vista aérea de una plantación de aceite de palma con un bosque de

turberas en Klias Beaufort, Sabah, Borneo, Malasia. © Getty Images / Muslianshah Masrie
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Max Haiven, 2022
© de la traducción: Irene Riaño de Hoz, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-558-6
Depósito legal: M. 56-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Agradecimientos
- 11 ¿El engrasante de quién?
- 30 ¿El castigo de quién?
- 48 ¿El fetiche de quién?
- 71 ¿El arma de quién?
- 82 ¿La grasa de quién?
- 112 ¿El excedente de quién?
- 130 ¿El sacrificio de quién?
- 139 ¿La historia de quién?

- 151 Notas

Agradecimientos

Son muchas las personas que, directa o indirectamente, me han aportado ideas, consejos, opiniones editoriales y reflexiones con las que han hecho mejor este libro. Entre estas personas están: Phaniel Antwi, Chris Arsenault, Dan Hicks, Nehikhare Patrick Igbinijesu, Ben Evans James, Megan Kinch, Aris Komporozos–Athanasiou, Leigh Claire La Berge, Mao Mollona, Tina Munroe, Christian Nagler, Simon Orpana, Sina Ribak, David Shulman, Cassie Thornton, Ezra Winton y Anna–Esther Younes. Estoy profundamente agradecido por haber tenido la oportunidad de compartir este trabajo en el instituto de verano del The ReImagining Value Action Lab, The Moos Garden Residency, el Sandberg Instituut y una serie de conferencias abiertas al público en la biblioteca pública de Halifax.

¿El engrasante de quién?

Estamos inmersos en un sistema de capitalismo racial que se nos presenta como un enorme sistema, de alcance global, organizado en torno a la práctica indescifrable del sacrificio humano, que permanece oculta a plena vista. Las historias sobre el aceite de palma que quiero contarte harán que este sistema empiece a cobrar definición y se remontarán en su pasado para buscar respuestas, componiendo la historia de cómo una entidad en su mayor parte invisible surgió de la conjunción entre capitalismo, colonialismo e imperio, determinando la forma que habrían de adoptar las crueldades de nuestro mundo. Pero estas historias albergan en sí, secretamente, otra historia que habla de nuestro poder colectivo para transformar el mundo a mejor. La historia de este libro sobre el aceite de palma trata sobre nosotros. Esta sustancia omnipresente y casi mágica es parte del modo en que reproducimos nuestros cuerpos y el mundo material en el que vivimos. Es

un elemento clave en el vórtice de trabajo, las materias primas, la creación de significados y las relaciones sociales que componen el mundo que tú y yo habitamos. El aceite de palma nos une y, al hacerlo, pone de manifiesto el espacio entre nosotros, la sintaxis del mundo.

Casi cualquier elemento en el proceso que ha conducido a que ahora estés leyendo estas páginas podría haberse visto afectado o facilitado por el aceite de palma¹: se podría tratar de un aditivo en el papel, un estabilizador en la tinta o parte de la resina utilizada en la encuadernación del libro; casi con seguridad está presente o ha resultado esencial en la fabricación de alguno de los cientos de componentes del aparato electrónico digital en el que estoy escribiendo estas palabras y quizá también del que tú estás utilizando para leerlas. Es probable que los hidrocarburos quemados en alguno de los vehículos que han transportado todos esos artefactos hasta llegar a ti contuvieran agrocombustibles derivados del aceite de palma. Y tenemos que dar por sentado que el cuerpo y el cerebro del que escribe, y del que lee, han podido reproducirse gracias, en parte, a la metabolización de dicho aceite. Los dos hemos utilizado productos para la limpieza o el cuidado de nuestra piel que lo incluyen en su composición, y lo hemos ingerido como excipiente en medicamentos. Aunque, intuitivo, ninguno de los dos invierte activamente en la industria del aceite de palma, los dos estamos económicamente involucrados en ella. El dinero que recibimos a cambio de nuestro trabajo es sangre en ese mismo océano. Aunque provenga de una fuente natural, nosotros hemos creado el aceite refinado de palma tal y como existe hoy en día, y este, a su vez, ha contribuido a crearnos a nosotros.

A través de esta historia sobre el aceite de palma podemos obtener una breve imagen del mundo en su proceso de formación y desintegración. Acercarnos al mundo del aceite de palma buscando en él una historia que nos hable de nosotros mismos implica tomar conciencia de lo que nos conecta y lo que nos divide. Mi esperanza es que, al interesarnos por este aceite, podamos ejercitar conjuntamente una suerte de músculo discursivo común, durante mucho tiempo atrofiado en este mundo de individualismo competitivo, de forma que un nuevo «nosotros» pueda emerger, capaz de comprenderse mejor a sí mismo y de actuar coordinadamente para cambiar nuestro destino. Si hemos creado este mundo con aceite de palma, ¿qué otras cosas podríamos haber creado? ¿Qué podríamos crear todavía?

En el pasado, mi trabajo se ha dedicado a tratar de aprehender lo que no comprendemos del capitalismo. Entendemos que es un sistema global que organiza las energías de humanos y no humanos para producir mercancías con el fin de obtener beneficios. Entendemos que es lo que ha dado origen a la estructura corporativa, esa aterradora entidad metahumana que magnifica nuestras peores cualidades (la avaricia, la indiferencia, la rapacidad). Entendemos que el auge del capitalismo vino de la mano del colonialismo y del racismo, y que nunca ha logrado sobrevivir en su ausencia. En otro libro he tratado de comprender el proceso por el que hoy en día, en una economía global capitalista dominada por la deuda y el crédito, todos acabamos transformándonos, ya sea seducidos u obligados, en competidores temerarios, en financieros en miniatura, explotando todos los aspectos de nuestras vidas como recursos

o movimientos estratégicos para asegurar nuestro futuro individual². También he tratado de comprender cómo, al manifestarse a nivel sistémico, estos actos individuales de gestión de riesgos dan lugar a un patrón en el que se diría que el capitalismo estuviera tomándose una venganza innecesaria, impropia y atterradoramente autodestructiva contra las personas y el planeta³.

En este breve libro trato de entender algo sobradamente obvio, pero que de algún modo escapa a nuestra percepción: este sistema parece ser una enorme y despiadada organización del sacrificio humano. A diferencia de las representaciones sensacionalistas de esa costumbre sanguinaria que ha sido practicada, si bien en circunstancias muy distintas, por numerosas civilizaciones del mundo, el orden mundial capitalista del sacrificio humano se niega a sí mismo. La lógica implacable del mercado insiste en que los millones de muertes innecesarias causadas por la malnutrición, el envenenamiento por toxinas, la sobrecarga de trabajo, las migraciones frustradas, las alteraciones del clima o las guerras neoimperialistas son de alguna manera accidentales, incidentales o inevitables. Confío, no obstante, en que, a través de esta historia sobre el aceite de palma, podamos tomar conciencia de que vivimos en lo que Ruth Wilson Gilmore llama «la era del sacrificio humano»⁴; y en que seamos capaces de apreciar cómo esta emerge de una historia más larga, marcada por el capitalismo racial, que vuelve a algunas personas mucho más susceptibles que otras de ser consideradas desechables.

Utilizo el término «aceite de palma» para hablar de los derivados de determinados tipos de palma, principal-

mente la *Elaeis guineensis*, la palma aceitera africana, pero que a veces se obtienen también a partir de los parientes de esta en América Central: la *Elaeis oleifera* y la variedad más alejada de la *Attalea maripa*. Las palmas aceiteras son unas de las plantas más pródigas y útiles del mundo. La *E. guineensis*, de la que se obtiene la mayor parte del aceite de palma que consumimos a nivel mundial, es originaria de África Occidental, donde se ha cultivado durante siglos como un bien preciado. De sus maravillosas vainas de color azafrán (las cuales, en el momento de cosecharlas, pueden llegar a pesar más de 10 kilos), las gentes de África llevan milenios extrayendo, además de aceite para cocinar, grasa para lámparas, cosméticos, medicinas, materiales artísticos, aceite para ceremonias religiosas y tintes. A partir de su savia elaboran el vino de palma y una gran variedad de remedios. De sus hojas se obtiene material con el que fabricar techumbres y astiles para flechas y lanzas⁵. Igual entonces que ahora, el aceite fragante y carnoso de la palma ha tenido usos ceremoniales y espirituales en África y en su diáspora. Para muchos, el sabor del aceite de palma rojo y virgen es el sabor del hogar, el sabor de la familia, el sabor de la historia.

En el curso de mi investigación he tenido el placer de escuchar historias sobre el aceite de palma y la *E. guineensis* contadas por muchos naturales de África Occidental. Todos ellos me hablaron de la gran admiración que la gente de allí siente por esta generosa planta, de la importancia que la palma aceitera y sus dones tienen tanto en las tradiciones antiguas como para el espíritu innovador y creador de las gentes de África Occidental, que

ha sabido transformarlos en una gran variedad de artículos. Mis amigos describieron vívidamente el aroma del fruto de la palma. En África Occidental, muchas de sus partes tienen utilidades casi infinitas: el exterior carnoso, la cáscara dura que protege la almendra o nuez en el interior, la masa aceitosa del centro. Sus particulares texturas y pigmentos sirven para sazonar y decorar cientos de sabrosos platos. Es tan apreciado que la comunidad nigeriana de la lejana y fría ciudad canadiense donde he escrito la mayor parte de este libro no escatima esfuerzos para importar diferentes variedades. Las características particulares de su terruño le proporcionan un sabor único y sutil. Más de una vez me han mostrado fotografías de niños sumergidos hasta la rodilla en una bañera llena de almendras de palma, ayudando a extraer su precioso aceite de un modo muy parecido a como lo hicieran sus ancestros, en escenas de solidaridad familiar y comunitaria. Algunos me señalaron las palmeras que se observan al fondo de las fotografías, alzándose sobre huertos o sobre los complejos de dependencias familiares como astas sosteniendo el estandarte de una república a la que nunca se le ha permitido existir. En su hábitat natural, la *E. guineensis* puede vivir hasta los 200 años, durante sesenta de los cuales puede llegar a dar frutos aprovechables. Tienen una larga memoria. Mis amigos cuentan que «antes» (de los misioneros europeos, de la trata de esclavos, del imperialismo, de la servidumbre impuesta por la deuda poscolonial) el aceite de palma no era solo una parte importante de la dieta, sino también una íntima referencia cultural compartida, un sacramento espiritual, un artículo básico para el comercio e incluso un

medio de intercambio. Cohesionaba un extenso sistema de redes comerciales que se extendían a través de África y más allá. Esta grasa funcionaba como vehículo para un intercambio material y cultural cosmopolita, y como lubricante social⁶. En el norte de Brasil, las comunidades que formaron los africanos que lograban escapar de la esclavitud hallaron en la variedad local de la palma aceitera a una vieja amiga que les permitía suplir muchas de las necesidades de su vida como fugitivos⁷.

Por supuesto, el que tú y yo conocemos es un aceite de palma completamente distinto: por todo el mundo, los derivados industriales del fruto de la palma pueden aparecerse nos bajo la forma de unas doscientas sustancias distintas, como un dios de múltiples caras, en productos alimenticios, industriales y de limpieza⁸. El aceite RBD (refinado, blanqueado y desodorizado) se ha convertido en un elemento característico de la dieta de miles de millones de personas en todo el mundo, principalmente, de gente pobre. Esta mercancía poco remarcable y comercializada a escala global se obtiene en plantas de procesamiento intensivo situadas, principalmente, en Indonesia y Malasia –aunque también se encuentran en África Occidental y América Latina–, por lo general en tierras taladas o arrasadas que en su día estuvieron ocupadas por bosque pluvial, aunque desde entonces pueden haber ido adoptando múltiples formas. En la mayoría de los casos, los fertilizantes, pesticidas y herbicidas empleados para la producción intensiva de este cultivo comercial han acabado filtrándose a las vías fluviales de la zona⁹. En estas fábricas, así como en las plantaciones cercanas –donde *E. guineensis* germinadas en laboratorio crecen en ordenadas filas a interva-

los de nueve metros—, la mayor parte de la mano de obra está constituida por personas que se han visto de un modo u otro desplazadas, en un proceso que a veces abarca varias generaciones. Esto puede haber sucedido a consecuencia de una guerra civil, o de las campañas de contra-insurgencia organizadas con el apoyo del imperialismo, o del impacto ecológico de la minería, o del acaparamiento de tierras, o de los incentivos gubernamentales o internacionales al «desarrollo» que buscan reubicar a los trabajadores en lugares más convenientes para las empresas que necesitan mano de obra barata¹⁰. Como resultado, los trabajadores que actualmente cultivan el aceite de palma suelen depender de empleos precarios para cubrir sus necesidades básicas. Incluso aquellos que figuran sobre el papel como propietarios de la tierra que trabajan se ven atrapados en sistemas de explotación.

Hoy en día, tú y yo encontramos aceite de palma, aceite de palmiste o derivados de estas sustancias en aproximadamente un 50 % de la comida que se vende en los supermercados de todo el mundo, principalmente en alimentos industriales procesados, como la bollería envasada, alimentos para untar, fideos de ramen, lácteos y aperitivos. No obstante, el aceite de palma también entra en nuestros cuerpos a través de las trazas presentes en una pasmosa variedad de conservantes, emulgentes, estabilizantes, coagulantes y aditivos¹¹. La singular composición química del aceite de palma y su bajísimo coste hacen de él la base o el aditivo perfecto para alimentos industriales, puesto que les proporciona una larga durabilidad y facilita su transporte a través de las redes del comercio mundial¹². Este aceite se encuentra también cubriendo

nuestra piel, puesto que está presente en la mayor parte de los cosméticos (aunque algunas marcas de alta gama presumen de vez en cuando de evitarlo). Es, además, un elemento importante en la producción de plásticos, tintes, tintas, pinturas e incluso artículos de papelería, como los que se emplean para empaquetar otros productos. Está en muchas de las píldoras, pastillas, supositorios y otros productos médicos, tanto para uso profesional como de consumo, que utilizamos para transformar nuestros cuerpos. Está presente también en múltiples productos y procesos de la industria y la manufactura, especialmente en los tensoactivos, que constituyen un importante componente en los lubricantes para máquinas, los procesos de teñido y tintado, los detergentes y una vertiginosa lista de más procesos diversos¹³. A nivel mundial, en 2020 se consumieron 72 toneladas de aceite de palma, unos 9 kg por persona¹⁴. Su cultivo intensivo ha transformado nuestro planeta: más de 27 millones de hectáreas de la superficie terrestre están dedicadas a este cultivo, una extensión mayor que el tamaño de Nueva Zelanda y casi equivalente a la totalidad del territorio agrícola de Francia¹⁵. La destrucción de bosques y, especialmente, de turberas para el cultivo de aceite de palma contribuye significativamente a las emisiones de carbono a la atmósfera (se estiman en un 6 % de las emisiones anuales), exacerbando con ello los riesgos, graves pero desigualmente distribuidos, del cambio climático¹⁶.

¿Cómo ha llegado a sucedernos algo así? Nuestra historia habrá de remontarse a los orígenes del aceite de palma en tanto que mercancía mundial con la colonización europea de África Occidental en el siglo XIX, cuando

civilizaciones enteras y millones de vidas fueron sacrificadas en el altar del dios de tres rostros, suma de la acumulación capitalista, el supremacismo blanco y la competición entre potencias imperialistas. Haremos una visita al Liverpool del siglo XIX, donde el aceite de palma servía literal y figuradamente como grasa para las ruedas del Imperio británico y permitió a ricos y pobres acceder a nuevas mercancías como el jabón. Viajaremos con algunos tiernos brotes de palma en barcos de vapor con motores alimentados con el aceite de esta planta hasta el Sudeste Asiático, a las colonias británicas y holandesas donde las potencias imperiales sacaron provecho del desajuste social, económico y medioambiental que ellas mismas habían generado, para convertir más tierras en plantaciones de palma aceitera y reclutar como mano de obra a desposeídos y migrantes, a menudo, mediante la técnica de la servidumbre por endeudamiento¹⁷. Hoy en día, las naciones independientes de Malasia e Indonesia han pasado a ser superpotencias indisputables del aceite de palma, si bien el legado colonial aún desempeña un papel determinante en esta industria. Seguiremos el rastro del aceite a medida que empapa el tejido de nuestro mundo, convirtiéndose en la grasa de los pobres y en el lubricante del imperio mundial del capital.

Esta es una historia sobre sacrificios humanos: el sacrificio de personas y lugares que se han visto devaluados por la acción de un sistema dominado por la búsqueda de beneficio, un sistema que nos seduce a la mayoría de un modo u otro en tanto que consumidores, emprendedores o, simplemente, personas tratando de sobrevivir. Mi intención al contar esta historia es que, siguiendo el rastro del aceite de

palma, tomemos conciencia de cómo todos nosotros estamos implicados en un paradigma global que ninguno hemos elegido, pero que beneficia a algunos infinitamente más que a otros e inmola a muchos en el altar de la acumulación. Los sacrificados son, principalmente, los trabajadores explotados que cultivan y procesan esta mercancía y aquellos que se han visto privados de su relación con la tierra por la expansión irreflexiva de esta industria, impulsada por los deseos de un mercado del que todos formamos parte, si bien de forma desigual. En la industria del aceite de palma, en la que abunda la corrupción y donde las grandes empresas, las élites locales, los gobiernos nacionales y las agencias internacionales colaboran y se compenetran, los abusos a los trabajadores proliferan¹⁸. Millones de animales e incluso especies enteras se ven expulsados de sus hábitats debido a la quema del bosque pluvial para crear nuevas plantaciones. Bajo cielos color de sangre, el carbono que se libera en estos fuegos daña los pulmones de los trabajadores, aldeanos y gentes de pueblos indígenas que viven y trabajan en las proximidades de la industria del aceite de palma. Los cielos del Sudeste Asiático se han visto conquistados por el esmog. La deforestación y el carbono generados por la quema de bosques suponen, además, una de las amenazas más graves para el ecosistema global. También se sacrifica la salud de millones de personas de todo el mundo a las que este entramado de sistemas ha vuelto tan pobres que su dieta ha pasado a caracterizarse por el consumo de aceite de palma y sus derivados baratos, con consecuencias nefastas.

Este libro cuenta una historia más o menos cronológica, pero no es un libro de Historia. Se trata de un intento

por comenzar a hacer visible algo que está oculto a plena vista. El libro surgió a partir de una serie de asignaturas que desarrollé cuando impartía Cultura material y Capitalismo en el Nova Scotia College of Art and Design. Quería hacer algo más que sensibilizar a estos estudiantes de Bellas Artes ante los datos y cifras relativos a esta sustancia, presente en varios de los materiales con los que trabajaban, como pinturas, tintas, tintes, resinas, ordenadores y plásticos. Quería, además, explorar con ellos las intrincadas redes en las que se confunden el pasado y el presente, el aquí y el allí, el «nosotros» y el «ellos». Como resultado, el relato que aquí presento es impresionista e idiosincrásico. Está escrito por alguien que nunca ha visto una palma aceitera o visitado una plantación, por un consumidor de la mercancía que trata de encontrar el camino de vuelta a su origen y aprender, durante el viaje, a comprender mejor el mundo.

En este libro no encontrarás una descripción exhaustiva del panorama general de la industria del aceite de palma; para ello te invito a consultar el libro *Planet Palm: How Palm Oil Ended Up in Everything and Endangered the World*, de la periodista Jocelyn C. Zuckerman. Tampoco encontrarás una historia sistemática; esto ya lo ha hecho Jonathan E. Robins, con habilidad y sofisticación admirables, en *Oil Palm: A Global History*. No voy a enumerar los crímenes actuales de la industria del aceite de palma ni las cínicas manipulaciones de la verdad con las que se trata de ocultarlos, tapándolos con una pantalla de agresivas campañas de relaciones públicas y programas descafeinados de regulación voluntaria. No son pocas las organizaciones no gubernamentales orientadas a

la protección de los derechos medioambientales y laborales en distintas partes del mundo, ni las revistas de noticias de actualidad que han publicado excelentes artículos describiendo el funcionamiento de la industria del aceite de palma y poniendo al descubierto la naturaleza de sus actividades. Tampoco voy a ofrecer aquí una etnografía multiespecie ni una nueva interpretación materialista de la compleja relación entre el *Homo sapiens sapiens* y la *E. guineensis*¹⁹.

En su lugar, he escrito este libro inspirado por la artista Simryn Gill y el antropólogo Michael Taussig, que nos invitan a reflexionar sobre la siguiente pregunta: ¿qué significa ser un ser humano en un mundo hecho de aceite de palma, en el sentido de que este forma parte de tantas de las cosas que utilizamos a diario, o está presente en su producción? ¿Qué significa contarnos nuestra propia historia desde cuerpos hechos de aceite de palma, en el sentido de que todos lo metabolizamos al ingerirlo con la comida o lo llevamos aplicado sobre la piel?²⁰

Este libro es, en parte, una crítica amigable a los periodistas, ecologistas y defensores de los derechos humanos cuya historia sobre el aceite de palma es una historia de trabajadores, granjeros, campesinos, pueblos indígenas, orangutanes y bosques pluviales pobres, ignorantes y maltratados «allá», en las regiones que producen este aceite, que necesitan que «aquí», en las regiones consumidoras, nos concienciamos y cambiemos las decisiones que tomamos en tanto que consumidores ilustrados²¹. Por útiles que tales narrativas puedan resultar a la hora de conseguir financiación, organizar boicots o planificar campañas políticas, su enfoque mantiene un modelo basado en la caridad,

derivado de arraigados tópicos del colonialismo y de la ideología supremacista blanca. Este discurso ha demostrado ser fácil de absorber, apropiarse y subvertir por parte de los defensores de la propia industria que critica. En la actualidad, hemos visto a la industria del aceite de palma y a sus partidarios en muchos gobiernos y grandes organizaciones no gubernamentales (ONG) explotar, con un éxito notable, los discursos liberales sobre los derechos humanos y el medioambiente para favorecer sus intereses en la extracción de materias primas y la obtención de beneficios²².

Para mí, la cuestión principal no es determinar qué campañas serán efectivas para frenar los peores abusos de la industria del aceite de palma. Este es, sin duda, un objetivo importante y del que dependen millones de vidas y ecosistemas enteros, pero mi objetivo es de un carácter más tangencial. Frente al «nosotros» propio del consumismo, al que con demasiada frecuencia se llama a actuar en defensa de los trabajadores, los orangutanes, los bosques pluviales o «el clima», me pregunto si es posible un «nosotros» distinto, para el que todas estas cuestiones se planteen como parte de una única red de reciprocidad. Lo que me interesa es descubrir si, al contar una historia más compleja, expansiva y experimental sobre el aceite de palma, nos será posible encontrar una nueva forma de identificarnos individual y colectivamente. Puesto que ahora todos nosotros, miembros de una especie global, y el propio mundo estamos hechos de aceite de palma, tal vez necesitemos para comprendernos narrativas nuevas que nos ayuden a entender qué podríamos hacer para facilitar la transformación de este mundo que no deja de transformarnos a nosotros.

De manera similar al modo en que el aceite de palma se manifiesta en la red mundial del intercambio de mercancías como una sustancia universal pero invisible, en este libro se nos presenta a caballo entre la historia, la cultura, la política y la economía. Este es un relato oleoso: los temas, líneas temporales y argumentos se deslizan, se filtran y se manchan entre sí.

Sabemos gracias a la Antropología y la Historia que el sacrificio humano ha sido practicado en múltiples culturas distintas y por un sinnúmero de razones. Por lo general, estos sacrificios sirven para reproducir el poder de una élite dominante: son una conveniente estrategia para aterrorizar a la población subalterna y eliminar a enemigos potenciales²³. Centrarnos exclusivamente en esta dimensión del sacrificio supondría, sin embargo, omitir otro aspecto también importante: a menudo, quizá siempre, la sociedad que ofrece el sacrificio lo percibe como algo necesario, una exigencia o algo decretado por el destino. No presentar la ofrenda debida supondría atraer la venganza terrible de los dioses. En otros casos, las personas sacrificadas ya han sido previamente relegadas a una categoría infrahumana. Vemos, pues, que el problema crucial del sacrificio humano es que en él nos vemos obligados a confrontar un aspecto oscuro y terrible de la existencia social del ser humano en el que confluyen el poder y la cosmología.

Una de las tesis que vertebran este libro es que la sociedad del sistema global del capitalismo, que actualmente pretende consumir el planeta y redirigir, eliminar o someter a todas las demás culturas y formas de vida, no es tan diferente. También aquí la gigantesca y terrible insti-